

Warning Concerning Copyright Restrictions

The copyright law of the United States (Title 17, United States Code) governs the making of photocopies or other reproductions of copyright material. Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or reproduction not be "used for any purposes other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that use may be liable for copyright infringement.

Don Payasito

5 **A**na María Matute (n. 1926). Después de la Guerra Civil (1936–1939), apareció en España una nueva generación de escritores, muchos de los cuales habían sido —de niños— testigos de aquella horrenda época de la historia española. Esa generación, influida por la guerra, se ha preocupado por las cuestiones económicas y sociales que España ha confrontado en las últimas décadas. Dentro de este grupo se hallan algunas novelistas de gran importancia: Carmen Laforet, Dolores Medio, Elena Quiroga y Ana María Matute, para mencionar sólo unas cuantas. Estas mujeres han presentado al mundo una producción literaria de primera calidad y han asegurado la posición femenina dentro de las artes españolas. El valor excepcional de la obra de Matute fue reconocido en 1998 cuando la autora fue incorporada en la Real Academia Española.

10 Ana María Matute nació en Barcelona. De niña siempre pasaba sus vacaciones en la casa de su madre en Mansilla de la Sierra, un pueblo pequeño situado en las montañas de Castilla. Mansilla, que aparece en su obra bajo el nombre de «Artámila» o «Hegroz», es el escenario de sus obras literarias más importantes. Descripciones de la casa de su madre y del paisaje de esa región aparecen con frecuencia en su ficción. La escritora tenía diez años de edad cuando empezó la Guerra Civil. Llegó a conocer el hambre y fue testigo de la violencia, la crueldad y la muerte. Esta experiencia, sin duda, explica su interés por la pobreza y el sufrimiento, especialmente de los niños, temas muy importantes en su obra.

20 Publicó Matute su primera novela a los diecisiete años. Entre sus novelas se destacan *Los hijos muertos* (1958), en la que estudia la «generación perdida» que aparece después de la Guerra Civil, y la gran trilogía *Los mercaderes* (*Primera memoria*, 1959; *Los soldados lloran de noche*, 1963; y *La trampa*, 1969), en donde no sólo critica la burguesía, sino que eleva las circunstancias de la Guerra Civil a un nivel universal. También ha publicado más de siete colecciones de cuentos, entre ellas la colección *Historias de la Artámila*, dedicada al mundo adolescente.

30 El cuento *Don Payasito* tiene lugar en Mansilla de la Sierra (Artámila). Como en todos los cuentos de Matute, la realidad exterior —el mundo físico de los niños, el mundo de don Lucas— lleva a comprender la realidad interior o imaginada de algunos personajes: el mundo de don Payasito¹ percibido por la imaginación de los complejos niños de Ana María Matute.

40 **E**n la finca del abuelo, entre los jornaleros^o, había uno muy viejo llamado Lucas de la Pedrería. Este Lucas de la Pedrería decían todos que era un pícaro^o y un marrullero^o, pero mi abuelo le tenía gran cariño y siempre contaba cosas suyas, de hacía tiempo^o.

—Corrió mucho mundo^o —decía—. Se arruinó siempre. Estuvo también en las islas de Java.

45 Las cosas de Lucas de la Pedrería hacían reír a las personas mayores. No a nosotros, los niños. Porque Lucas era el ser más extraordinario de la tierra. Mi hermano y yo sentíamos hacia él una especie^o de amor, admiración y temor, que nunca hemos vuelto a sentir^o.

day laborers

rogue; deceiver, wheedler

from long ago

He traveled a lot

kind

we never felt again

*cabins, huts; bordering on
stew
bone
blows; paddle
lost track of the time (his age)
Whenever*

*rubbing
locks, curls; small; bent over*

Little lantern eyes

*thrilling; butterflies
oily, greasy*

*No one except him; magician
twisted*

Be quiet; wicked

*pleasure; sinners; little crows, ravens
swelled in our chests; balloon*

*your; so that I can guess everything
in your hearts*

*back
made a face
farmer; shepherd's crook
poor thing
humming; he used to spit*

perhaps; blushed, turned red

glutton; selfish; nuggets

dragged in, mentioned

bed

Lucas de la Pedrería habitaba la última de las barracas°, ya rozando° los bosques del abuelo. Vivía solo, y él mismo cocinaba sus guisos° de carne, cebollas y patatas, de los que a veces nos daba con su cuchara de hueso°, y él se lavaba su ropa, en el río, dándole grandes golpes° con una pala°. Era tan viejo que decía perdió el último año° y no lo podía encontrar. Siempre que° podíamos nos escapábamos a la casita de Lucas de la Pedrería, porque nadie, hasta entonces, nos habló nunca de las cosas que él nos hablaba.

55 —¡Lucas, Lucas! —le llamábamos, cuando no le veíamos sentado a la puerta de su barraca.

Él nos miraba frotándose° los ojos. El cabello, muy blanco, le caía en mechones° sobre la frente. Era menudo°, encorvado°, y hablaba casi siempre en verso. Unos extraños versos que a veces no rimaban mucho, pero que nos fascinaban:

60 —Ojitos de farolito° —decía— ¿Qué me venís a buscar... ??

Nosotros nos acercábamos despacio, llenos de aquel dulce temor cosquilleante° que nos invadía a su lado (como rodeados de mariposas° negras, de viento, de las luces verdes que huían sobre la tierra grasienta° del cementerio...).

65 —Queremos ver a don Payasito —decíamos, en voz baja, para que nadie nos oyera. Nadie que no fuera él°, nuestro mago°.

Él se ponía el dedo, retorcido° y oscuro como un cigarro, a través sobre los labios:

70 —¡A callar°, a bajar la voz, muchachitos malvados° de la isla del mal!

Siempre nos llamaba «muchachitos malvados de la isla del mal». Y esto nos llenaba de placer°. Y decía: «Malos, pecadores°, cuervecillos°», para referirse a nosotros. Y algo se nos hinchaba en el pecho°, como un globo° de colores, oyéndole.

75 Lucas de la Pedrería se sentaba y nos pedía las manos:

—Acá las «vuesas»° manos, acá pa «adivinasus» todito el corazón...°

Tendíamos las manos, con las palmas hacia arriba. Y el corazón nos latía fuerte. Como si realmente allí, en las manos, nos lo pudiera ver: temblando, riendo.

80 Acercaba sus ojos y las miraba y remiraba, por la palma y el envés°, y torcía el gesto°.

—Manitas de «pelandrín°», manitas de cayado°, ¡ay de las tus manitas, cuitado°...!

Así, iba canturreando°, y escupía° al suelo una vez que otra. Nosotros nos mordíamos los labios para no reír.

85 —¡Tú mentiste tres veces seguidas, como San Pedro! —le decía, a lo mejor°, a mi hermano. Mi hermano se ponía colorado° y se callaba. Tal vez era cierto, tal vez no. Pero, ¿quién iba a discutirsele a Lucas de la Pedrería?

—Tú, golosa°, corazón egoísta°, escondiste pepitas° de oro en el fondo 90 del río, como los malos pescadores de la isla de Java...

Siempre sacaba a cuento° los pescadores de la isla de Java. Yo también callaba, porque ¿quién sabía si realmente había yo escondido pepitas de oro en el lecho° del río? ¿Podría decir acaso que no era verdad? Yo no podía, no.

—Por favor, por favor, Lucas, queremos ver a don Payasito...

95 Lucas se quedaba pensativo, y, al fin, decía:

Jump (up)
cavern; overtake; in time

we entered, went in
piercing; We cut through, went
through; climbed

little cave
panting
burned

little slope; wrapped
red
pointed; yarn or hemp wig
right hand
cane; topped
gilded bells

bow

like livestock
flocks
slowly; rusty lamp, lantern; corner,
angle; scorched, burned

fires
strange; gloomy

We poked; ill-gotten
we stole

witch
sound
swelled, became inflated; turns,
spins; pressed ourselves; being able
to decide whether

din, loud noise; making us tremble

pretended
Out
we began to run; down through the
woods; chill down our backs; snake
we sneaked away
hut

circle it (go around it); frightened
bold, daring; pushed

—¡Saltad° y corred, diablos, que allá va don Payasito, camino de la gruta°...! ¡Ay de vosotros, si no le alcanzáis° a tiempo°!

Corríamos mi hermano y yo hacia el bosque, y en cuanto nos adentrábamos° entre los troncos nos invadía la negrura verdosa, el silencio, las altas estrellas del sol acribillando° el ramaje. Hendíamos° el musgo, trepábamos° sobre las piedras cubiertas de líquenes, junto al torrente. Allí arriba, estaba la cuevecilla° de don Payasito, el amigo secreto.

Llegábamos jadeando° a la boca de la cueva. Nos sentábamos, con todo el latido de la sangre en la garganta, y esperábamos. Las mejillas nos ardían° y nos llevábamos las manos al pecho para sentir el galope del corazón.

Al poco rato, aparecía por la cuestecilla° don Payasito. Venía envuelto° en su capa encarnada°, con soles amarillos. Llevaba un alto sombrero puntiagudo° de color azul, el cabello de estopa°, y una hermosa, una maravillosa cara blanca, como la luna. Con la diestra° se apoyaba en un largo bastón°, rematado° por flores de papel encarnadas, y en la mano libre llevaba unos cascabeles dorados° que hacía sonar.

Mi hermano y yo nos poníamos de pie de un salto y le hacíamos una reverencia°. Don Payasito entraba majestuosamente en la gruta, y nosotros le seguíamos.

Dentro olía fuertemente a ganado°, porque algunas veces los pastores guardaban allí sus rebaños°, durante la noche. Don Payasito encendía parsimoniosamente° el farol enmohecido°, que ocultaba en un recodo° de la gruta. Luego se sentaba en la piedra grande del centro, quemada° por las hogueras° de los pastores.

—¿Qué traéis hoy? —nos decía, con una rara° voz, salida de tenebrosas° profundidades.

Hurgábamos° en los bolsillos y sacábamos las pecadoras° monedas que hurtábamos° para él. Don Payasito amaba las monedillas de plata. Las examinaba cuidadosamente, y las guardaba en lo profundo de la capa. Luego, también de aquellas mágicas profundidades, extraía un pequeño acordeón.

—¡El baile de la bruja° Timotea! —le pedíamos. Don Payasito bailaba. Bailaba de un modo increíble. Saltaba y gritaba, al son° de su música. La capa se inflaba° a sus vueltas° y nosotros nos apretábamos° contra la pared de la gruta, sin acertar a° reírnos o a salir corriendo. Luego, nos pedía más dinero. Y volvía a danzar, a danzar, «el baile del diablo perdido». Sus músicas eran hermosas y extrañas, y su jadeo nos llegaba como un raro fragor° de río, estremeciéndonos°. Mientras había dinero había bailes y canciones. Cuando el dinero se acababa don Payasito se echaba en el suelo y fingía° dormir.

—¡Fuera°, fuera, fuera! —nos gritaba. Y nosotros, llenos de pánico, echábamos a correr° bosque abajo°, pálidos, con un escalofrío pegado a la espalda° como una culebra°.

Un día —acababa yo de cumplir ocho años— fuimos escapados° a la cabaña° de Lucas, deseosos de ver a don Payasito. Si Lucas no le llamaba, don Payasito no vendría nunca.

La barraca estaba vacía. Fue inútil que llamáramos y llamáramos y le diéramos la vuelta°, como pájaros asustados°. Lucas no nos contestaba. Al fin, mi hermano, que era el más atrevido°, empujó° la puertecilla de madera,

creaked
light, ray of light; half-opened

miserable bed

It made us laugh hard
turn him (move him to and fro)

he paid no attention to us; poke;
trunk

cardboard
scattered; remains

we burst out crying; tears

sobs (hiccups)

¹⁵⁰ que crujió^o largamente. Yo, pegada a su espalda, miré también hacia adentro. Un débil resplandor^o entraba en la cabaña, por la ventana entornada^o. Oía muy mal. Nunca antes estuvimos allí.

Sobre su camastró^o estaba Lucas, quieto, mirando raramente al techo. Al principio no lo entendimos. Mi hermano le llamó. Primero muy bajo, luego ¹⁵⁵ muy alto. También yo le imité.

—¡Lucas, Lucas, cuervo malo de la isla del mal!...

Nos daba mucha risa^o que no nos respondiera.

Mi hermano empezó a zarandearle^o de un lado a otro. Estaba rígido, frío, y tocarlo nos dio un miedo vago pero irresistible. Al fin, como no nos ¹⁶⁰ hacía caso^o, le dejamos. Empezamos a curiosear^o y encontramos un baúl^o negro, muy viejo. Lo abrimos. Dentro estaba la capa, el gorro y la cara blanca, de cartón^o triste, de don Payasito. También las monedas, nuestras pecadoras monedas, esparcidas^o como pálidas estrellas por entre los restos^o.

Mi hermano y yo nos quedamos callados, mirándonos. De pronto, ¹⁶⁵ rompimos a llorar^o. Las lágrimas^o nos caían por la cara, y salimos corriendo al campo. Llorando, llorando con todo nuestro corazón, subimos la cuesta. Y gritando entre hipo^o:

—¡Que se ha muerto don Payasito, ay, que se ha muerto don Payasito...! Y todos nos miraban y nos oían, pero nadie sabía qué decíamos ni por ¹⁷⁰ quien llorábamos.

Ana María Matute, *Don Payasito*, de *Cuentos de la Artámila*, Ediciones Destino, 1961.

Notas culturales

¹ El payaso es el personaje del circo más querido y estimado por los niños —y también por muchas personas mayores. El uso del diminutivo en el título de este cuento ya indica el cariño que le tienen los dos hermanos. El uso del «don» revela la mezcla de admiración, amor y respeto que sienten por el payaso. Ana María Matute, de niña, sentía las mismas emociones, como lo confesó en una entrevista:

Siempre pensé en que sería escritora, pero confieso que durante un tiempo mi gran ilusión hubiera sido poder llegar a ser payaso. ¡Cómo influyeron para esto los carros de titiriteros que llegaban al pueblo! Cada vez que oigo la trompeta y el tambor, tal como se anunciaban ellos, siento en la espalda el mismo cosquilleo de entonces. Todos los seres que salen a un escenario, que cuentan historias, que representan algo, me han fascinado.

² La manera de hablar de Lucas sugiere el lenguaje de los cuentos de hadas (fairy tales), en los que siempre existen lo extraordinario y lo mágico. Con frases como «muchachitos malvados de la isla del mal», Lucas les da a entender a los niños que sabe muchas cosas extrañas y que de una manera secreta ha podido penetrar su mente y saber lo que piensan y lo que han hecho.